

EL SÁBADO Y EL MANZANO

Por *Elfrieda Volk*

- ¡HOLA, Tomás! -llamó Juanito-. Trepémonos al manzano.
-¿Hoy? Pero hoy es sábado -respondió Tomás.
-¿Y qué? No hay nada de malo en treparse a un árbol para sacar una manzana para comer. ¿no es así?
-No, creo que no. Pero mamá dijo...
-Oh, ella nunca lo sabrá. ¡Vamos!, ¿o es que te achicaste?
-No replicó Tomás-. No me achiqué. Y te lo probaré jugándote una carrera para ver quién llega primero al tope del árbol.

Con eso se terminó la discusión, y ambos muchachos comenzaron a treparse al árbol para ver quién llegaba primero al tope. Tomás casi habla llegado arriba, cuando una rama le agarró los pantalones.

-Vamos, perezoso -se mofó Juanito-. Yo ya estoy acá arriba.
-Yo no puedo, Juanito. Estoy enganchado.
-Me imagino que tendré que ayudarte a subir.

Y diciendo así, se agachó, y tomando la mano de Tomás le dio un tirón para ayudarlo a subir.

-¡Rak! -se oyó, pero Tomás quedó libre.
-¡Oh, Juanito, mis pantalones! -exclamó Tomás alarmado.
-¿Qué pasa con tus pantalones?
-Se rompieron.

Tomás se palpó los pantalones. Y allí encontró efectivamente un gran siete.

-¿Y qué? Tu mamá puede remendarlos. Dile que los rompiste ayer mientras jugabas a la pelota.
-No, no puedo hacer eso. Eso sería mentir. Además, son los pantalones que uso para el sábado, y nunca me los pongo durante la semana.
-Me imagino que entonces estás en un lío -admitió Juanito-. Tendremos que hacer algo antes de que tu mamá lo descubra.

Ambos muchachos se sentaron en una rama y quedaron pensando en lo que harían para salir del paso.
-¡Ya sé! -exclamó Juanito-. No te muevas, Tomás. Volveré en seguida. Y antes de que Tomás pudiera detenerlo, descendió del árbol y se alejó corriendo.

Tomás permaneció sentado allá arriba en el árbol, preguntándose qué iría a hacer su amigo. No tuvo que esperar mucho tiempo porque al instante Juanito regresó.

-Muy bien, Tomás, baja ahora.
Tomás descendió cuidadosamente para no engancharse de nuevo.
-Echate boca abajo en el suelo -ordenó Juanito.

Tomás obedeció en silencio, pero todavía no estaba muy seguro de si podía confiar en el plan de Juanito, o no. Este se metió la mano en el bolsillo y sacó de allí una aguja y un carretel de hilo. Cortó luego un pedazo de hilo, tan largo como su brazo, y humedeció una de las puntas, como la había visto hacer a su madre. Entonces se dispuso a enhebrar la aguja. Probó varias veces en vano, pero finalmente lo logró.

-Ahora quédate quieto -ordenó y se arrodilló junto a Tomás. Anudó uno de los extremos del hilo y comenzó a empujar la aguja para introducirla en los pantalones de Tomás.
-¡Ay! -gritó éste.

-Bueno, ¿cómo esperas que haga un buen trabajo si te mueves tanto? -protestó Juanito.
Obediente, Tomás quedó quieto. Le hubiera gustado ver lo que Juanito hacía, pero no quería arriesgarse a que la aguja lo volviera a pinchar. De modo que decidió esperar pacientemente hasta que el trabajo estuviera terminado.



-¡Por fin! ¡Está listo! -suspiró Juanito finalmente. Tomás dio vuelta la cabeza para ver qué apariencia tenía el trabajo terminado, pero todo lo que alcanzó a ver fueron unas hebras de hilo blanco.

-Ahora se me ocurre -explicó Juanito-, que habría quedado mejor si hubiera empleado hilo negro. Pero podemos usar tinta y teñir el hilo. Entonces tu mamá ni siquiera lo notará.

-No, creo que está bien como está -se apresuró a decir Tomás, porque se imaginó lo que ocurriría si Juanito comenzaba a pintarlo con tinta. Se excusó entonces rápidamente, diciendo que tenía que ir a la casa para cenar, y se fue.

Esa noche, a la hora de la cena Tomás estuvo muy silencioso. Tan pronto como la cena terminó, pidió permiso para retirarse.

-Creo que iré en seguida a la cama. Me duele un poco la cabeza -mintió.

Tan pronto como se encontró en su cuarto, trató de quitarse los pantalones, pero no pudo hacerlo.

Tironeó y forcejeó, pero los pantalones no se movieron. Finalmente se sentó en el borde de la cama y se quedó pensando. Y así fue como lo encontró la madre cuando llegó unos minutos más tarde.

-¿Por qué no estás desvestido todavía? -le preguntó.

-No puedo quitarme los pantalones.

- ¿Qué quieres decir con eso de que no puedes quitarte los pantalones?

-No me los puedo quitar porque están cosidos a mi ropa interior.

Y mientras Tomás confesaba toda la historia, la mamá descosía cuidadosamente la costura que Juanito había hecho. Cuando por fin Tomás pudo acostarse, ella le dijo:

-A veces nos resulta difícil saber lo que debemos hacer, y cometemos equivocaciones. En cierto sentido nos parecemos a Susanita. Obsérvala cuando come, y te darás cuenta de que pone más alimento en el suelo y en su cabello, que en la boca.

-Pero ella no es más que una criatura -defendió Tomás a su hermanita-. Ella no sabe hacer las cosas mejor.

-Eso es cierto. A veces cometemos equivocaciones porque no sabemos hacer las cosas mejor. Dios lo comprende y nos habla de eso en Hechos 17: 30:

"Dios habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar. que se arrepientan". Ahora bien, después de que hemos hallado un camino mejor, ¿no crees que debiéramos seguirlo?

-Sí, mamá. Lamento como pasé el sábado hoy. Trataré de recordar lo que dijiste y de aquí en adelante procuraré hacer lo mejor. Te ruego que me perdones.

-Puedes estar seguro de ello. Recuerda, Tomás, que un pecado a veces necesita otros pecados para cubrir el primero. Y ahora, antes de entregarte al sueño, pídele también a Dios que te perdone.

Descubrirás que está listo para perdonarte y ansioso de hacerlo.